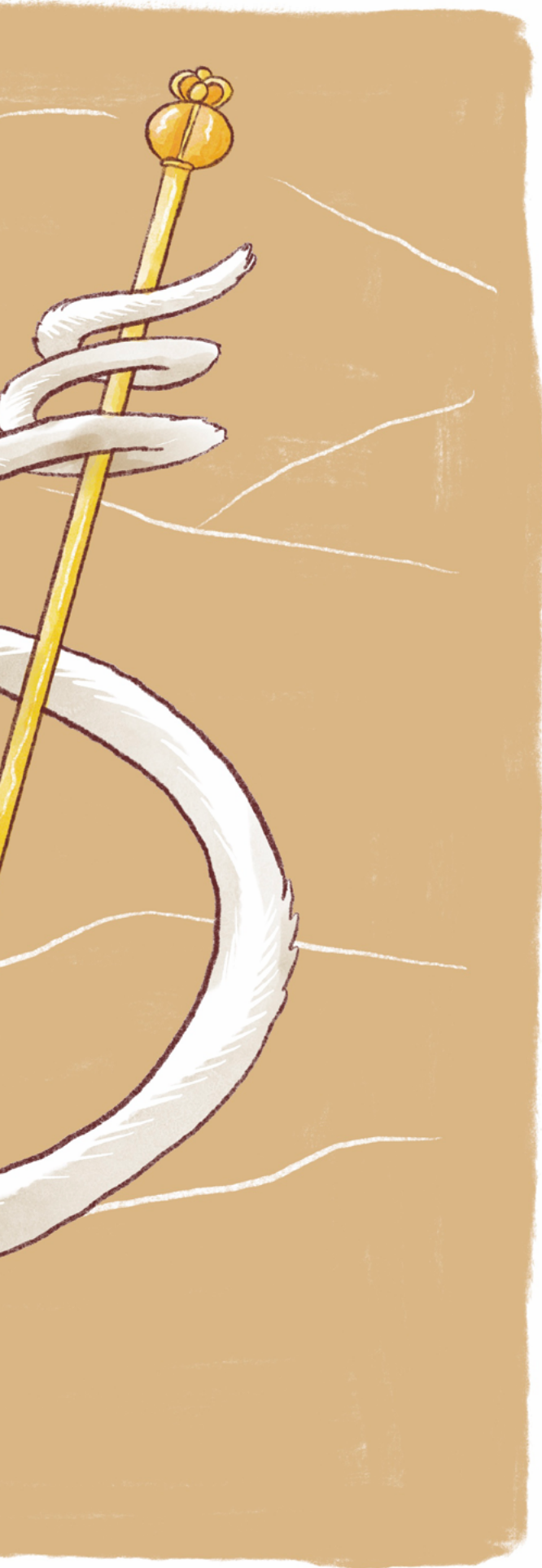


ESPECIAL

La historia  
de Sugriva,

# EL REY de los monos

12



Mientras conversaban, Sugriva dijo: “Por lo que escucho de ella, yo creo que he visto a tu esposa cuando estaba siendo llevada por Ravana. Un día, cuando mis ministros y yo nos encontrábamos sentados en la cima de esta montaña, vimos a un rakshasa llevando a una hermosa mujer por los aires.

Tal como puedo recordar, ella gritaba con toda su fuerza: '¡Rama!, ¡Rama!, ¡Lakshman!'. Cuando nos vio, envolvió algunas joyas en una tela como señuelo y las dejó caer. Todavía las tengo aquí.

A Rama le urgió que trajera las joyas para reconocerlas. Sugriva, presuroso entró a una caverna, de donde al instante retornó con el trozo de tela en el cual estaban envueltas las joyas. Cuando Sri Rama vio las joyas de Sita sus ojos se llenaron de lágrimas, su rostro era como una luna cubierta de neblina y llevando ese envoltorio a su pecho lloró: “¡Querida mía!” y respiró pesadamente como una serpiente cuando es provocada en su hoyo. Mostró las prendas a Lakshman para ver si las reconocía, mas Lakshman quien nunca miraba por encima de los pies de Sita era incapaz de decirlo. Dirigiéndose a Sugriva requirió: “Señálame hacia dónde ha ido ese ogro llevándose a Sita. Voy a exterminarlo a él y a toda su raza. ¡Señálame a ese malhechor para que lo envíe hoy mismo ante la presencia de la Muerte!”.

Inmediatamente Sugriva respondió: “No conozco la morada, ni la familia de ese ogro, pero no te aflijas; la pena reduce la fortaleza, de la misma forma en que un peso excesivo cargado a un bote puede hacer que éste se hunda. ¡Oh, gran príncipe de poderosos brazos! En breve encontraré la morada de Ravana y lo mataré junto a todos sus seguidores. Después te traeré a Sita, para que se reúna contigo”.

Confortado por sus palabras, Rama secó sus lágrimas, lo abrazó y le aseguró nuevamente que por su parte mataría a Vali. “Prometo esto sin falta, jamás dije algo falso, ni lo diré, lo afirmo solemnemente y juro que lo cumpliré”. Escuchando estas palabras los presentes se regocijaron. Rama preguntó a Sugriva cómo había llegado a enemistarse de tal manera con su hermano.

“Vali, mi hermano mayor, era muy respetado por nuestro padre —comenzó Sugriva—. Cuando nuestro padre falleció, Vali asumió el trono de Kishkindha como el rey de los simios, yo permanecí sumiso a él en todo momento. Cierta día, el demonio Mayavi, hijo del demonio Maya, llegó a las puertas de Kishkindha y desafió la autoridad de Vali. Rugiendo y haciendo un ruido ensordecedor atemorizó a todos.

El ruido despertó a mi hermano Vali y lo enfureció. Vali salió a las afueras de la ciudad para responder al desafío del demonio y, como yo amaba a mi hermano, lo seguí de cerca. Cuando Mayavi lo vio tan furibundo, huyó a una caverna que estaba tapada con hojas. Cuando llegamos a la entrada de la caverna, Vali, dirigiéndose a mí, me dijo: '¡Oh, Sugriva! Quédate aquí hasta que yo vuelva; entraré a matar a este demo-

nio'. Él entró a la caverna y yo lo esperé durante un año entero, sin ver, ni oír nada de él”.

“Al final de aquel tiempo, por último, escuché un tronar de demonios y empezó a fluir sangre de la boca de la caverna. Al no escuchar la voz de mi hermano, presumí que los demonios lo habían matado. Cerré la entrada de la caverna con un peñasco enorme, de forma tal que el demonio muriese al no poder salir, luego ofrecí agua al espíritu de mi hermano; después de todo ello, retorné a Kishkindha. Los ministros y los monos, enterados del destino de Vali, me instalaron en el trono de Kishkindha y, en ausencia de mi hermano, yo goberné el reino.

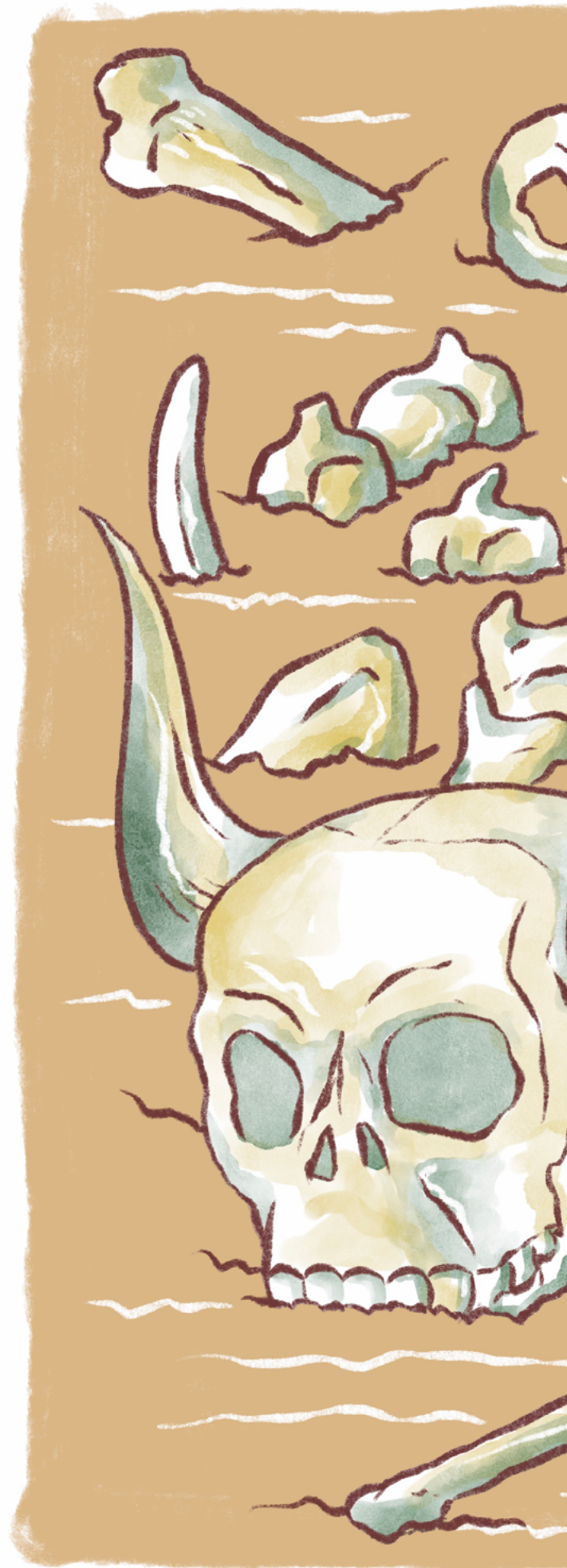
Mientras esto ocurría, contrariamente a lo que yo imaginaba, Vali había matado a Mayavi dentro de la caverna; entonces, cuando retornó a Kishkindha, se enfureció conmigo, ya que pensó que yo había cerrado la entrada de la cueva con la intención de que él se quedara encerrado.

En un gesto de sumisión me postré ante él y tomé sus pies suplicando perdón; pero aun así él no se calmó. Le dije: 'Por fortuna has matado a tu enemigo. En tu ausencia, los ministros y los ciudadanos me pusieron en el trono. Por favor, perdona cualquier ofensa que yo hubiese cometido. Ahora, yo te devuelvo el reino'. Mi hermano no se apaciguó y, después de contar su versión de manera por demás insultante, me despojó de mis posesiones y, a pesar de tener muchas esposas, me quitó a mi querida esposa Ruma y me desterró del reino”.

“Desde ese entonces, por temor a Vali, me he refugiado en la montaña de Rishyamuka. Debido a una maldición del gran sabio Matanga, mi hermano no puede ingresar a este lugar. Cierta vez, después de mi destierro, otro hijo del demonio Maya, de nombre Dundubhi, también se dirigió a Kishkindha para desafiar a mi hermano. Dundubhi estaba muy orgulloso y su batalla con él fue verdaderamente terrible.

Durante el combate, Vali tomó por los cuernos a ese poderoso demonio y lo arrojó al suelo; y con el cuerpo completamente desangrado, el demonio dejó su vida. Luego, mi hermano, aún iracundo, levantó el cuerpo y lo arrojó a una distancia de seis kilómetros. Desafortunadamente, el cuerpo cayó en la ermita de Matanga Maharaj y la sangre salpicó al gran sabio y también a sus ofrendas de sacrificio. Tomando en cuenta que esa fue la acción de un mono, Matanga profirió una maldición: 'Ese mono malvado que ha arrojado este cadáver aquí, sin duda ha cometido un acto estúpido. Si se atreve a poner un pie a seis kilómetros alrededor de mi ermita, se convertirá en una roca y permanecerá así durante miles de años'. ¡Oh, Rama!, conociendo esa maldición, Vali no se acerca y yo me he refugiado en la montaña Rishyamuka. En las cercanías aún se encuentra el colosal esqueleto del demonio Dundubhi”.

Sugriva llevó a Rama y a Lakshman para que vieran los restos del demonio.





“Esto es lo que queda del demonio Dundubhi —replicó—. Aquí también hay siete gigantes árboles de Sal, mi hermano puede arrancarlos de un golpe y despojar de sus ramas a cada uno. ¡Oh, Rama!, la fuerza de Vali no tiene comparación; en el pasado, él atravesó esos siete árboles uno tras otro. Si tú pudieras partir al menos uno, consideraré tu fuerza superior. Él también arrojó el cadáver de Dundubhi a una distancia de seis kilómetros. ¡Oh, descendiente de Raghu!, tal es el poder de Vali, ¿cómo podrás enfrentar a tan poderoso rival?”.

Lakshman empezó a reír a carcajadas. Sri Rama sonriendo dijo: “Si no tienes fe en nuestro poder entonces te inspiraré”. Rama levantó el esqueleto seco del demonio y de un puntapié lo arrojó a una distancia de diez yojanas (ciento veinte kilómetros). No obstante, Sugriva todavía dudaba, considerando que ahora el esqueleto estaba seco y cuando fue arrojado por su hermano pesaba mucho más porque estaba lleno de carne y sangre.

Entonces, Rama levantó su poderoso arco y disparó una flecha que atravesó simultáneamente los siete árboles de Sal; y para precisar, esa poderosa flecha penetró la Tierra misma hasta las regiones inferiores, entrando en línea recta hasta la región Patala. Una hora después, la flecha regresó a la aljaba de Rama.

Atónito, Sugriva cayó de rodillas<sup>5</sup> ante Rama. “¡Oh, joya entre los hombres! —dijo—. Tú puedes aniquilar a todos los demonios, ni los gandharvas, ni los semidioses, ni los danavas pueden igualar tu proeza. Hoy he encontrado a un aliado que, indiscutiblemente, puede vencer a mi hermano. Por favor, considérame tu sirviente eterno, ¡Oh, señor! Yo te acompañaré a la ciudad de Kishkindha y personalmente veré cómo matas a Vali”.

Sri Rama levantó a Sugriva y lo abrazó. “Vayamos a Kishkindha —dijo—. Ahí desafiaremos a ese Vali, quien es tu hermano únicamente de nombre”.

**Fuente:** Valmiki. (2014). La historia de Sugriva, el rey de los monos. En *El Ramayana* (Canto IV. Kishkindha kanda. El libro del reino de los simios, pp. 352-355). Universidad Internacional Euroamericana. <https://archive.org/details/ramayana-parte-3/Ramayana%20parte%202/page/352/mode/1up>

5 Hay cuatro clases de hombres que se acercan a Dios: los afligidos, los que buscan logros mundanos, aquellos que son meramente curiosos y aquellos sabios en pos de la verdad absoluta. El Señor alienta a todos, sin considerar su motivo inicial, porque al final todos ellos se purifican.